

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
Escenas de detección	11
Prehistoria del policial: un género para una nación	12
Los peligros del campo	15
Literatura sobre miedos, peligros y persecuciones	17
CAPÍTULO I. El policial campero argentino como género	21
Como género literario	21
Como género cinematográfico.	25
CAPÍTULO II. Orígenes del policial campero argentino.	29
<i>Facundo</i> : elementos para una historia policial	30
El detective, la sociedad y el secreto	31
El delincuente y la sociedad.	40
Literatura de masas sobre el peligro	49
Hacia el policial.	54
<i>Pago Chico</i>	61
CAPÍTULO III. Borges y el policial	63
El matrero	63
El campo como destino mortal	66
“El muerto”	66
“El sur”	71
“La muerte y la brújula”	75
“Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”	76
CAPÍTULO IV. El primer cine policial campero.	81

CAPÍTULO V. Los pesquisantes	89
La tierra sin mal	89
Los comisarios.	94
La institución policial	94
Don Frutos Gómez y Laurenzi	103
Iglesia, Estado y prensa: Leonardo Castellani y Antonio Di Benedetto.	126
El padre Metri	127
Orejas cortadas y langostas.	139
 CAPÍTULO VI. De las políticas del crimen a la criminalización de la política.	153
Estado y crimen: la génesis del criminal campero.	154
Policial, cine y política.	156
Criminalización de la política: policial y tragedia.	159
 CAPÍTULO VII. Cambios estructurales	167
Nuevas formas.	168
<i>Res iudicata</i> : “El que vino de la lluvia” de Héctor Tizón.	175
Crimen político y crimen común: <i>Luna caliente</i> de Mempo Giardinelli.	180
Matacaballos: <i>Nadie nada nunca</i> de Juan José Saer.	184
 CAPÍTULO VIII. Secretos bien guardados	189
Rumores y chismes: “Infierno grande” de Guillermo Martínez	190
El crimen perfecto: <i>El aura</i> de Fabián Bielinsky.	193
 CAPÍTULO IX. Campo: conflicto y misterio	197
Campo vs. ciudad: <i>Aballay</i> de Fernando Spiner	197
El nuevo mundo: <i>Historias extraordinarias</i> de Mariano Llinás	202
Las investigaciones.	202
Las historias.	204
Las pistas.	207
Triste-le-Roy	210
 Epílogo.	215
 Bibliografía.	217

INTRODUCCIÓN

ESCENAS DE DETECCIÓN

Alfred Ébelot, ingeniero francés a cargo de la construcción de la famosa Zanja de Alsina que buscaba separar la “civilización” de la “barbarie”, cuenta una historia. En un rancho de algún lugar de la provincia de San Luis, en algún momento del siglo XIX, un arriero encuentra a un gaucho asesinado. Afuera casi no quedan huellas porque ha llovido mucho. El arriero cubre con pastos unos pocos rastros visibles. Un chasque va en busca de un rastreador. Llega, mira la escena, descubre nuevas huellas y monta a caballo acompañado por el comisario y una partida de policías. Va siguiendo el rastro del asesino por el camino, rocas y arroyos. Llegan a un pueblo por el que el perseguido había pasado hacía ocho días. En la mañana de pisadas en el barro, el rastreador identifica a un caballo y hace prender a su dueño. Este se lo acababa de permutar recientemente a alguien por otro suyo. El rastreador monta el caballo encontrado y se deja llevar. El animal vuelve mansamente a la querencia y dentro del rancho encuentran al asesino, quien, perdido, confiesa todo (Ébelot 27-41).

En 1830, un condenado a muerte escapa de la cárcel. El rastreador Calíbar está encargado de la búsqueda. Sabiendo que lo perseguían, “[e]l prófugo aprovechaba todos los accidentes del suelo para no dejar huellas; cuadras enteras había marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida a las murallas bajas, cruzaba un sitio y volvía para atrás; Calíbar lo seguía sin perder la pista” (Sarmiento 72). Conservando siempre el rastro, determina que está dentro de una viña. La partida de soldados lo busca sin éxito. El rastreador insiste en que no ha salido. Finalmente lo encuentran y al día siguiente lo ejecutan.

En 1834, Charles Darwin, en su viaje por Argentina, observa y describe al rastreador:

Una ojeada por el rastro les dice a estos hombres una historia entera. Suponiendo que examinen la huella de un millar de caballos, adivinarán al punto el número de los que iban montados, dirán cuántos iban a medio galope; por la profundidad de otras impresiones deducirán que algunos llevaban pesadas cargas; por el modo de haber preparado la comida inferirán si los perseguidos llevaban prisa, y por el aspecto general sacarán cuánto tiempo hace que pasaron. Un rastro de diez o quince días es para ellos bastante reciente, y, por tanto, bueno para ser seguido (Darwin 144-145).

PREHISTORIA DEL POLICIAL: UN GÉNERO PARA UNA NACIÓN

Infalibles, con precisión increíble y capacidades asombrosas similares a superpoderes, los tres rastreadores referidos por Ébelot, Sarmiento y Darwin dan cuenta de un personaje típico del campo decimonónico argentino, así como de otras regiones rurales de América. La teoría temprana dedicada al surgimiento del género policial —Walter Benjamin, Roger Caillois y Régis Messac— ha establecido que el fenómeno es principalmente urbano. La ciudad moderna, la metrópoli capitalista, industrial y de masas es el espacio privilegiado de estas ficciones que tienen su conformación clásica bajo la estructura del desciframiento de un enigma. La novela y el cuento son problemas matemáticos bajo el formato narrativo de un delito que debe ser resuelto por la mente privilegiada de un detective. Este tipo de relatos que se inician con Edgar Allan Poe y sus cuentos situados en París —“The Murders in the Rue Morgue” (1841), “The Mystery of Marie Rogêt” (1842) y “The Purloined Letter” (1844)— se continúan como serie en Inglaterra con autores como Wilkie Collins, Conan Doyle, G. K. Chesterton o Agatha Christie (Horsley; Grella, “The Formal”). Pero también se desarrolló en otros países de Europa, con Gaboriau en Francia o con E. T. A. Hoffmann en Alemania, por ejemplo.

Sin embargo, aquellos mismos teóricos que colocan el inicio del policial en la ciudad moderna también hacen una prehistoria del género. Es una historia rural y de rastreadores. En *Le “Detective Novel” et l’influence de la pensée scientifique* de 1929, Régis Messac hace un rastreo minucioso dentro de la literatura mundial para encontrar desde la antigüedad los rastros del paradigma de razonamiento inductivo que conduce las pesquisas. Parte

del *Zadig* de Voltaire y busca los antecedentes más lejanos de ese relato de origen oriental. Luego traza un recorrido por diferentes momentos de la literatura donde aparece esa misma forma de razonamiento. En esa historización hay un período crucial. Messac se detiene en las novelas de James Fennimore Cooper. En varias de estas historias —*The Last of the Mohicans*, *The Pathfinder*, entre otras— aparecen indígenas norteamericanos que saben rastrear, conocen el terreno y leen perfectamente cualquier indicio en la naturaleza. Messac los ve como antecedentes de los detectives: “Zadig sauvages et des Sherlock Holmes primitifs parmi les non-civilisés” (234). Son los *pathfinders* o seguidores de huellas. La literatura de Cooper llegó a Europa e influyó en los autores que iban a configurar literariamente el desarrollo urbano de una ciudad como París, uno de los escenarios modernos de los relatos policiales del siglo XIX: “La poésie ‘sauvage’ et forestière de Cooper s’est résorbée dans le paysage de la grande ville et l’œuvre rêvée par Balzac est désormais accomplie” (Messac 425). Eugène Sue dice sobre Cooper y la operación de adaptación que él mismo estaba haciendo de su literatura en *Les mystères de Paris*:

Tout le monde a lu ces admirables pages dans lesquelles Cooper, le Walter Scott américain, a retracé les mœurs féroces des sauvages, leur langue pittoresque, poétique, les mille ruses à l’aide desquelles ils fuient ou poursuivent leurs ennemis... Nous allons essayer de mettre sous les yeux du lecteur quelques épisodes de la vie d’autres barbares aussi en dehors de la civilisation que les sauvages peuplades si bien peintes par Cooper (cit. en Messac 425).

Esos *barbares* eran protodetectives para Messac, e ingresaban a la literatura de un modo particular: “ce que l’on aperçoit nettement et aisément, c’est la façon dont ce raisonnement est introduit pour ainsi dire subrepticement dans les récits dont les primitifs sont les acteurs et les civilisés les narrateurs” (234). Los bárbaros introducidos “subrepticement” por los civilizados a la literatura no le habría parecido una mala descripción de su escritura a Domingo Faustino Sarmiento, quien, por cierto, también había leído a Fennimore Cooper.

Sobre o en la campaña argentina, son los letrados quienes transcriben experiencias y anécdotas de rastreadores, y las transforman en una especie

de *relato policial campero*. Así lo hizo Sarmiento con “El rastreador” en *Facundo*, pero hay más casos. Sandra Gasparini analiza un episodio de *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla, que es un “cuento de fogón” sobre un asesinato cuyo culpable es el mismo narrador oral, el cabo Gómez. El relato es contado por Mansilla bajo la forma del género policial, que, por otra parte, ya empezaba a circular en Argentina durante la década de 1870. Mansilla dice que “[a] no ser por mi excursión a Tierra Adentro, la historia de Gómez quedaría inédita en el archivo de mis recuerdos” (cit. en Gasparini 220). Es la confluencia del escritor letrado y del propio espacio de la frontera, del “desierto” con sus habitantes, lo que hace posible la aparición del policial en el espacio del campo argentino. Pero al mismo tiempo, hay un tipo de experiencia singular, como la del rastreador y los crímenes que resuelve, que da un indicio de la forma particular del género en el espacio rural. El *policial campero* encuentra su forma escrita, pasa al libro desde el relato oral, justamente en el lugar y en el momento donde y cuando surge el Estado nacional, como idea y como praxis. Sarmiento piensa el Estado futuro y allí inserta al rastreador. Lo mismo hace Ébelot mientras, como funcionario público, construye una división entre la civilización y la barbarie. Y Mansilla transcribe historias policiales camperas en sus memorias de esa misma lucha en el desierto.

Se plantea, entonces, el problema del género y el Estado. Al igual que en el policial clásico, el policial campero también hace confluir en la forma literaria la presencia estatal como garante de la resolución del enigma planteado, dado que, como dice la definición clásica de Weber, el Estado se postula como la “comunidad humana que en el interior de un determinado territorio reclama para sí el monopolio de la coacción física legítima” (1056). Finalmente, y según la hipótesis de Sarmiento, es el Estado naciente después de la independencia el que debe garantizar el orden de una sociedad amenazada por el crimen y el delito que socavan las bases de la aparición del propio Estado nacional en el ámbito rural.

Dos fenómenos confluyen en este espacio rural decimonónico que interesan en lo que respecta al policial campero. Por un lado, el propio desarrollo de la idea y la ejecución de un Estado nacional y su concepción como responsable del control social y monopolizador de la violencia. Este nuevo Estado nace también como un fenómeno de masas que piden participa-

ción en la vida pública nacional. Como sucede en el policial urbano de las grandes ciudades modernas, esas masas generan miedo. Gabo Ferro recoge varios de estos testimonios. Esteban Echeverría, por ejemplo, en 1846, ve el peligro de que la nueva democracia argentina sea el “despotismo absoluto de las masas” (Ferro 20). Hacia finales del siglo XIX, Ramos Mejía hace referencia a “las multitudes rurales del litoral” como una fuerza bárbara, animal y arrasadora (Ferro 23). La independencia y el consecuente proceso de conformación del Estado movilizan a los ejércitos y viajeros que comienzan a conocer esa cultura “otra”, cultura que van a traducir y con la que van a pelear y negociar.

LOS PELIGROS DEL CAMPO

Así como el policial urbano representa una serie de peligros asociados a las grandes metrópolis modernas, el policial campero encuentra una serie de peligros propios de las zonas rurales. Uno de ellos es el bandidismo. Eric Hobsbawm señala que el bandidismo rural es un fenómeno territorial ligado estrechamente a un tipo de estructura social y a una forma de desarrollo del poder político también:

To understand banditry and its history we must therefore see it in the context of the history of power, i.e. of the control by governments or other power centres (in the countryside mostly lords of land and cattle) of what goes on in the territories and among the populations over which they claim control (11).

Esta situación de despliegue político y estatal produce resistencias a nivel local que se corporizan en muchos casos en figuras como los bandidos: “He is an outsider and a rebel, a poor man who refuses to accept the normal roles of poverty, and establishes his freedom by means of the only resources within reach of the poor —strength, bravery, cunning and determination” (Hobsbawm 95).

Los bandidos rurales de Argentina se inscribían dentro de grupos que desde la época colonial habían estado marginalizados en todo sentido, pero sobre todo de la ley. Indígenas, africanos y gauchos eran reducidos a la esclavitud o la servidumbre por su situación de desigualdad ante la ley y su

desprotección (Di Meglio 57-100). En la postindependencia y durante gran parte de los siglos XIX y XX, el bandidismo fue una de tantas formas de rebelión ante esas desigualdades y un hecho sistemático en las zonas rurales. El campo se pobló de nombres que se hicieron famosos por sus robos, crímenes, actos justicieros y un cierto aire romántico y aventurero que los rodeaba: Mate Cosido, Bairoletto, Juan Cuello, Calandria, Julio y Pedro Barrientos, Pastor Luna, Pascual Felipe Pacheco “el Tigre de Quequén”, Santos Guayama, Andrés Bazán Frías “el Manco”, Isidro Velázquez, entre muchos otros. Este tipo de personajes nómades fueron de los primeros actores sociales signados como “criminales” en el campo argentino durante el período posterior a la independencia. Las primeras reglamentaciones oficiales sobre las sociedades rurales tenían a los “vagos y malentretidos”, los que no tenían residencia fija —a diferencia de los “domiciliados” (Cansanello)— y andaban itinerantes por el territorio, como el principal sujeto que atentaba contra el orden social (Barandiarán). Era el que atacaba la propiedad privada de los terratenientes y que, al no tener “papeleta de conchabo”, lo que acreditaba que trabajaba como peón de estancia, solía ser castigado cumpliendo servicio en el Ejército de frontera. El primer criminal del campo argentino de aquella época era, sobre todo, el gaucho pobre (Slatta; Rico; Salvatore). Como señala Ricardo Salvatore:

From Azara to Rosas and beyond, spokesmen for the propertied classes complained about the existence of a “class” of vagrants and dangerous men who preyed on the property of honest farmers and ranchers. In this type of rhetoric, “disorder” was basically rooted in the structure of property rights and in peasant culture: confusing property boundaries nurtured a culture tolerant of illegal appropriation and idleness. Crime was embedded in the customs and traditions of peasants. Not surprisingly, the culprits were always those persons living on the frontier or at the margins of the cattle-ranching economy: squatters, settlers, itinerant peons, cattle rustlers, and so on (201).

Si bien existía y existe una literatura popular de celebración de estos gauchos que se convertían en héroes y arquetipos de rebeldía, del bandido que adquiriría características de Robin Hood, como canciones, poemas y payadas, también existieron otros discursos que se ocuparon, en diferentes formas, de estos personajes como parte de los peligros del campo.

LITERATURA SOBRE MIEDOS, PELIGROS Y PERSECUCIONES

Ricardo Salvatore menciona cómo fue el proceso de conformación de la figura del criminal en la Inglaterra decimonónica junto con el papel que tuvo la literatura, y compara este fenómeno con la producción literaria de la generación romántica argentina:

England in the 1830s and 1840s produced, among other things, a heightened concern about crime and criminals. Important transformations in society (the replacement of men by machinery, women's greater visibility in the economy, the demise of apprenticeship, the unhealthy environment of factories, the crowded conditions of the new industrial towns) predisposed people to believe that passions were flowing beyond the limits imposed by morality and custom and that, consequently, England was experiencing an unprecedented wave of criminal activity. This consensus diagnosis generated a criminal policy centered on the notion of individual responsibility: if people could regain control over their own impulses, the crime craze would reduce itself to a manageable concern. Over the infrastructure of popular anxieties, publicists, novelists, and social reformers managed to build the idea of a "criminal class" separated from the "respectable classes."

In contemporary Buenos Aires province, anarchy and civil war (rather than crime) were at the root of most social anxieties. The word anarchy evoked the peculiar political history of the nation after independence, projecting a longing for an idealized order lost circa 1820. That year the inflamed passions of the postrevolutionary leadership had pushed the country into political and social chaos. Images of crime were linked to memories of that anarchy. Federalists assumed that unitario leaders, having violated the institutions of the nation, had made permissible all types of illegalities among the populace. For their part, unitarios blamed the federalists for the establishment of an amoral dictatorship, one that sowed the seeds of evil among the lower classes. Diverse conceptions of disorder competed in the representation of postrevolutionary society. Upperclass city dwellers blamed wanderers, undisciplined youths, and immoral women for the degradation of customs and morals. To rural communities, disorder was a question of lack of patriotism and bad manners, traits they attributed to "transients." Crime per se was not the overriding concern. Accounts of crime in the printed media before 1852 are rare; novels and plays dealt with crime and punishment only as an allegory of political

injustice. Murder, theft, rape, and other felonies not related to politics received much less attention (197).

Y agrega:

In Buenos Aires too, writers associated with the romantic movement configured the image of a violent and brutal working-class culture capable of the most aberrant crimes. But their project was radically different from that of England's reformers. Romantic writers' approximation to the world of the poor was circumstantial and politically motivated. Rather than investigations into the worlds of labor and crime, their narratives constituted anatomies of the Dictatorship, supported by fictionalized encounters with peasants, urban laborers, and indigenous peoples. Their uncharitable descriptions of working-class life served to explain lower class support for the hated dictator (198).

Es lo que sucede con la generación romántica argentina de autores como José Mármol, Esteban Echeverría y Domingo Faustino Sarmiento. En el fragor de la lucha política contra el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, se produce en sus obras la caracterización de las clases populares como clases criminales. En el caso del *Facundo* de Sarmiento, su reflexión sobre la criminalidad en el campo es crucial para ver, sobre todo, cierto fenómeno de contemporaneidad respecto del surgimiento de la literatura policial —*Facundo* se publica en 1845, mientras que los relatos inaugurales del género policial de Poe ya mencionados son de entre 1841 y 1844—. Cómo se piensan los problemas de criminalidad e inseguridad de los inicios de la modernidad desde una zona periférica del mundo e, incluso, sobre una zona doblemente periférica como el campo decimonónico argentino, es una de las principales preocupaciones desplegadas en *Facundo*. Y a su vez, como señala Ezequiel Adamovsky en *El gaucho indómito*, esa misma caracterización se vuelve, paradójicamente, la descripción de uno de los mitos del “ser nacional”, el gaucho.

Cuando, a mediados del siglo XIX, se consolida en Europa la burguesía posrevolucionaria y se constituyen sus miembros individuales como sujetos de derecho, rápidamente se construyen también formas de representación de su principal peligro: el delincuente que amenaza la propiedad y la vida privada de esos individuos. La forma más acabada de esta representación es la literatu-

ra policial, que no tardará en transformarse en una de las más masivas formas de literatura popular. Por esos mismos años, Sarmiento escribe *Facundo*. Pero en un contexto en que la literatura nace cercana a la política, criminal y lo policial en su escritura se vuelven un tema a la vez político y literario.

Por otra parte, está la literatura policial, su recepción y su práctica en la sociedad argentina hacia finales del siglo XIX. Hacia 1860 se encuentran los primeros rastros de traducciones de relatos de Edgar Allan Poe en Argentina. En el diario porteño *El Nacional*, aparecen como folletín “El escarabajo de oro” y “Los dos asesinatos de la calle Morgue” (Barcia 292). A partir de entonces comienza una sostenida labor de distintos traductores que introducen el género en el país y empieza a tener una recepción cada vez más masiva y también empiezan a surgir autores locales. Entre estos autores, también hay los que escriben policiales en el campo. Desde entonces y hasta la actualidad, cuentos, novelas y películas conforman un corpus de historias policiales que se desarrollan en el ámbito rural y conforman así un género con sus especificidades. Si bien el origen del policial urbano estuvo en los *pathfinders*, en los *rastreadores* y en los *trappers*, eso no significa que esas historias hayan desaparecido. El *policial campero* continúa teniendo una vida paralela al género urbano. Este trabajo pretende hacer una historización de este género a partir del análisis de un conjunto de obras representativas de sus momentos más significativos.